

Capítulo 10

¿Oraciones sin respuesta?

([índice](#))

Daniel 10:1: En el tercer año de Ciro, rey de Persia, fue revelada palabra a Daniel, llamado Beltsasar. La palabra era verdadera y el conflicto grande, pero él comprendió la palabra y tuvo inteligencia en la visión.

Llegamos ahora a la última visión de Daniel. A diferencia de las anteriores, no fue dada en símbolos misteriosos sino en lenguaje directo. ¡El Señor quiere que la comprendamos! Aporta luz a las profecías de los capítulos segundo, séptimo y octavo de Daniel.

Daniel 10:2-3: En aquellos días yo, Daniel, estuve afligido por espacio de tres semanas. No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me ungí con perfume hasta que se cumplieron las tres semanas.

Su decisión de ayunar por tres semanas demuestra el vivo interés de Daniel por recibir luz y comprensión. Probablemente habría prolongado su ayuno de no ser por la venida del ángel en respuesta a su plegaria.

Lo anterior no implica necesariamente que se abstuviera completamente de comida, ya que Dios no quiere que sus hijos se autolesionen. El ayuno no es un ejercicio para despertar a Dios, para llamar su atención o lograr su simpatía. El sufrimiento autoinfligido no nos hace ningún bien. Daniel ingería el alimento suficiente para mantener su salud y su vida durante aquellas tres semanas. Abstenerse de “pan delicado”, “carne” y “vino” significa

que Daniel evitó alimentos pesados, así como el tipo de sobrealimentación que nubla el cuerpo, la mente y el sistema nervioso.

Muchos comen tanto en cantidad, frecuencia y variedad, que sus mentes están aturcidas o bloqueadas. Las verdades espirituales no hacen en ellos impresión. Jesús nos advirtió respecto al peligro de comer en demasía, y respecto al tipo inadecuado de comida en estos últimos días (Lucas 21:34). Mediante ese ayuno Daniel se puso en las mejores condiciones físicas para tener una mente clara, capaz de comprender lo que el Señor le iba a enseñar.

Daniel 10:4-10: El día veinticuatro del primer mes estaba yo a la orilla del gran río Hidekel. Alcé mis ojos y miré, y vi un varón vestido de lino y ceñida su cintura con oro de Ufaz. Su cuerpo era como de berilo, su rostro parecía un relámpago, sus ojos como antorchas de fuego, sus brazos y sus pies como de color de bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud. Sólo yo, Daniel, vi aquella visión. No la vieron los hombres que estaban conmigo, sino que se apoderó de ellos un gran temor y huyeron y se escondieron. Quedé, pues, yo solo ante esta gran visión, pero no quedaron fuerzas en mí, antes bien, mis fuerzas se cambiaron en desfallecimiento, pues me abandonaron totalmente. Pero oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras caí sobre mi rostro en un profundo sueño, con mi rostro en tierra. Y una mano me tocó e hizo que me pusiera sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos.

Daniel sintió aquí la gloriosa presencia del Hijo de Dios, el mismo Ser que al apóstol Juan vio en visión en Apocalipsis 1:14-16. La gloria de Cristo fue excesiva para los acompañantes de Daniel, quienes corrieron a esconderse. Aquello que habría significado muerte para quienes acariciaban el pecado en sus corazones,

significó vida para quien había confesado humildemente sus pecados y suplicado el perdón.

La voz de Dios es atronadora para quien alberga pecado en su corazón, tal como lo fue para los judíos cuando los griegos vinieron a Cristo (Juan 12:28-30). Para quien sigue la verdad, la voz de Dios es clara “[como el estruendo de una multitud](#)”.

El ángel Gabriel vino entonces y tocó a Daniel para hacer que se levantara. En aquel toque había fortaleza. Así también, quienes moran en Cristo fortalecerán a todos los que “toquen” en su actividad diaria.

Daniel 10:11-12: [Me dijo: Daniel, varón muy amado, está atento a las palabras que he de decirte y ponte en pie, porque a ti he sido enviado ahora. Mientras hablaba esto conmigo, me puse en pie temblando. Entonces me dijo: Daniel, no temas, porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido.](#)

La Biblia no enseña jamás que debamos adorar a los ángeles. No existe tal cosa como “muchos dioses”. Cuando el apóstol Juan se sintió abrumado e intentó inclinarse ante el ángel para adorarlo, este se lo prohibió estrictamente: “[¡Mira, no lo hagas! Yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. ¡Adora a Dios!](#)” (Apocalipsis 19:10).

El hombre no puede recibir un honor mayor que el que se le dio a Daniel. Considera: el ángel le dijo que era un “[varón muy amado](#)” por Dios y por los habitantes del cielo.

La humildad de Daniel, su arrepentimiento, su amor abnegado hacia su pueblo, su deseo vehemente de conocer las cosas del cielo

y su perseverancia en buscar la reconciliación con Dios le habían ganado la simpatía y el tierno amor de los seres celestiales. Ese amor es para los que menos dignos se sienten de él.

El ángel dijo amablemente a Daniel: “**No temas**”. Los ángeles de Dios no son espíritus malignos que procuran hacernos daño o que buscan la oportunidad para acusarnos. No son egoístas, no procuran nuestros sobornos ni nuestros dones a cambio de hacernos favores como protegernos, tal como las personas supersticiosas suelen pensar de los “espíritus”. Los ángeles del cielo nos aman, y buscan nuestro bienestar y felicidad. “**¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?**” (Hebreos 1:14).

A todo creyente, incluido el niño que confía en Cristo, le es dado un ángel especial para que lo cuide y guarde de todo mal (Mateo 18:10-11). Nada puede separarnos del cuidado vigilante y amoroso de esos ángeles en todo momento del día o de la noche, excepto el pecado al que deliberadamente pudiéramos escoger aferrarnos. Si esto último no sucede, ni un cabello nuestro puede perecer (Mateo 10:30; Lucas 21:18).

Observa que su oración fue oída desde el primer día en que Daniel se dispuso a ayunar y orar, y el ángel recibió entonces la orden de acudir en su ayuda. ¿Por qué debió entonces Daniel esperar tres semanas antes de recibir respuesta? ¿Tenemos experiencias similares a esa, tras haber esperado por largo tiempo respuesta a nuestras oraciones? Si Daniel, quien era “**muy amado**”, tuvo que aguardar tantos días, seguramente nosotros no debiéramos impacientarnos. Veamos por qué razón Daniel tuvo que esperar. Hay aquí algo que nos va a revelar secretos escondidos tras nuestras oraciones. El ángel nos permite ver tras la cortina que separa el cielo de nuestra vista:

Daniel 10:13-14: Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia. He venido para hacerte saber lo que ha de sucederle a tu pueblo en los últimos días, porque la visión es para esos días.

La demora no se debe al ángel, quien es enviado inmediatamente para auxiliar a Daniel. Se debe al príncipe de Persia, quien no es adorador de Dios. Dios no va a forzar la voluntad del rey, lo que sería contrario a la forma en que Dios trata con los hombres. Así, surge una lucha en el palacio real de Persia. Probablemente está allí el propio Satanás luchando contra los esfuerzos del ángel Gabriel para volver el corazón del rey hacia el pueblo de Dios. Pasa un día tras otro. Daniel continúa orando sin saber nada acerca de aquel conflicto que se desarrolla detrás del telón. Podría haber sido tentado a pensar que Dios no escuchaba su oración, como nos sucede a nosotros frecuentemente en relación con nuestras oraciones aparentemente no respondidas.

En ese punto, “**Miguel**”, el más poderoso de los ángeles, va en ayuda de Gabriel. El rey de Persia deja de resistir la influencia divina. Se gana la batalla y Gabriel viene ahora a Daniel para hablarle sobre ella. Tú y yo podemos no saber acerca de las luchas secretas generadas por una oración que hayamos elevado, pero no lo dudemos: ¡nuestras oraciones están siendo contestadas!

Los ángeles son también visitantes habituales en los concilios de los gobiernos de las naciones modernas hasta el día fatal en que rechacen de forma final la verdad de Dios. El “**vigilante santo**” (Daniel 4:13 y 23) es un testigo permanente en las asambleas de los gobernantes. Toda ley justa y equitativa que promueva la libertad y la verdadera prosperidad es el resultado de una influencia ejercida por los ángeles del cielo.

“Miguel” significa “el que es como Dios”. Judas declara que es el “arcángel”, el comandante de los ángeles (versículo 9). Gabriel se refiere a él como “uno de los principales” entre los ángeles, o el primero de ellos. De la lectura de 1 Tesalonicenses 4:16 aprendemos que los muertos resucitarán de sus tumbas por la voz del “arcángel”. Juan 5:25 afirma que es “la voz del Hijo de Dios” la que los llama de sus sepulcros. Por lo tanto, es claro que el “arcángel” es en realidad el Hijo de Dios (ver también Daniel 12:1).

Daniel 10:15-21: Mientras me decía estas palabras, yo tenía los ojos puestos en tierra y había enmudecido. Pero uno con semejanza de hijo de hombre tocó mis labios. Entonces abrí la boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: “Señor mío, con la visión me han sobrevenido dolores y no me quedan fuerzas. ¿Cómo, pues, podrá el siervo de mi señor hablar con mi señor? Porque al instante me faltaron las fuerzas, y no me quedó aliento”. Aquel que tenía semejanza de hombre me tocó otra vez, me fortaleció y me dijo: “Muy amado, no temas; la paz sea contigo; esfuérzate y cobra aliento”. Mientras él me hablaba, recobré las fuerzas y dije: “Hable mi señor, porque me has fortalecido”. Él me dijo: “¿Sabes por qué he venido a ti? Ahora tengo que volver para pelear contra el príncipe de Persia; al terminar con él, el príncipe de Grecia vendrá. Pero yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad: nadie me ayuda contra ellos, sino Miguel vuestro príncipe.

Una vez más, el ángel le dirige palabras mayores que las estatuas que el mundo dedica a sus héroes: “Muy amado”. Dios te ama, ¿por qué temes? Lo que nos hace débiles es el sentimiento de culpa por nuestros pecados. También nosotros somos fortalecidos al ser lavados en la sangre de Jesús, y somos librados del temor.

Después de haber explicado a Daniel lo que necesitaba entender, Gabriel tendrá que volver a contender con el príncipe de Persia

hasta que llegue el reino de Grecia. El mensaje que trae a Daniel es un secreto. Nadie lo conoce, excepto “[Miguel vuestro príncipe](#)”, que es Cristo, el Salvador; también Dios el Padre, Gabriel y el pobre Daniel, pero ¡qué gloriosa cadena de revelación! El secreto pasa de Dios el Padre al profeta, y por lo tanto a nosotros.